

de cog no estaba en el Ministerio
de fomento..... Pero vamos a otra cosa,
que a lo que vengo, vengo: aquí está
esta cajetilla de cigarrillos habanos
como humilde souvenir del día de su
nacimiento..... ¿Ya dónde está la
botella de Cognac? ¡uf! hace un
calor tropical... ¡uf!!

"Don Sebastián, pido a Vd.
mil perdones....."

XVII

La tarde del 21 de Abril de 1886
me había propuesto visitar el Parque
Central en compañía del Dr. Alvarado.
Era una de esas hermosas tardes que
marcan la transición del invierno al
verano en estos climas, uno de esos
días brillantes y calurosos que derriten
el último témpano de nieve y
hacen brotar las lilas azules en
el húmedo sendero. Poníame ya mis
guantes de color de palo de cereza
y abría mi saloncito de recepción,
cuando una forma humana me
interceptó el paso diciéndome cortemente:
— Don Sebastián, pido a V. mil perdones...
El interior de las casas americanas
es generalmente oscuro. Construidas en

breve espacio de terreno, procuran ganar en altura lo que han perdido en extensión. Carecen de patios, y todas las habitaciones se comunican unas con otras, por medio de ^{Sombrios} ~~fríos~~ y alfombrados pasillos, iluminados en invierno por un globo de gas o de luz eléctrica.

En aquellos momentos la penumbra era completa, y sólo distinguí al través de ellas los rayos oblicuos que partían de unos techos.

— Conque, ¿no me conoces, Sr. Lerdo?

Soy Vicente Riva Palacio.

— Hombre! ¿porqué no me lo había V. dicho antes? Pues, pase V.

Nos estrechamos las dos manos, casi nos abrazamos.

— Pero V. iba al Sahir, Sr. Lerdo, otro día volveré.....

— No importa, tengo más placer en ver a Vd. que en Sahir a la calle.

Nos sentamos.

Riva Palacio es un mestizo de sesenta años, un poco forobado y patirambo como S. Francisco de Quevedo y Villegas, y como éste desbordando en ingenio, pero ingenio en forma, agresiva é insana. Es general, licenciado y literato: como general no vale nada, como licenciado vale poco y como literato es muy distinguido. Sin ser de la escuela quasimódica del Sr. Goehiroa, don Vicente es una de nuestras más feas glorias nacionales, — y vaya si las tenemos fenomenales! Es lo que se llama un temperamento Virico, podrá escribir bellas estrofas, sentidos poemas, chistosos libros, pero nunca alcanzará la alta concepción histórica y científica que Carlyle llamaba *intensity of spirit*. Digo esto último, porque al Sr. Riva Palacio se ha metido

á escribir Historia sin ser un hombre científico, y ha escrito sobre política adoleciendo de la misma deficiencia. Fuera de su ignorancia en materias científicas, y de su profunda erudición en bellas letras, el tal señor es por todos conceptos agradable, apreciable y estimable. Y no se diga que el rencor me obliga á tratarle con aspereza: yo no guardo rencor con las gentes que me ayudaron á bajar del Gobierno, sino con las que me ayudaron á mantenerme en él.

Cuando el Sr. Riva Palacio quiere pelear, coge la pluma; cuando quiere escribir, coge la espada. Tiene mucha vanidad y mucho talento, querrá más vanidad que talento. Es peligroso como amigo y bueno como enemigo. Le gusta exhibirse y exhibirse las faltas de los otros y exhibirse como persona de cualidades,

calidades y cantidades. Una de sus más grandes preocupaciones es la de leer y laudar en coche; le gusta ver y ser visto, más que lo vea á él y que él vea á los demás. Riva Palacio es un hombre que ha derramado más tinta que sangre, porque estoy seguro de que en su vida no ha matado ni un mosquito. Luchando su vanidad de poeta y de político, es un hombre honrado y á toda prueba, incapaz de cometer una violencia cuando se halla en el poder; buen confidenciero, mejor consejero, y personalidad, en fin, y altamente meritoria. De él se puede decir lo que decía Talleyrand de sí mismo:

"est-ce qu'un homme habile a jamais besoin du crime? C'est le réservoir des idiots en politique. Le crime est comme le reflux de la mer: il revient sur ses pas, et il noie. J'ai

en des faiblesses, quelques uns disent
des vices; mais de crimes? Si done"

x

Voy de Ministro à España - co-
menzi, el Sr. Riva Palacio, después
de haberme un hermoso puro / tux-
teus.

Singular coincidencia! el mismo
punto con que a mi se me brindaba
no hace mucho tiempo..... le respondí
con atenta curiosidad.

Ah! conque á V. también.....

Ni más ni menos: con la sen-
cilla diferencia de que entonces ha-
bía cólera en la Península, y al
presente no hay más de terremotos....

Pero, dígame V. - prosiguiendo
otro giro la conversación - ¿fue
cierto que estuviera V. nueve meses
encerrado en la prisión militar
de Santiago Atlatelotep?

- Exactamente; pero sólo fue una pe-
queña broma de mi amigo el Sr.
Romero Rubio.....

- A mi me habían informado que
fue por la cuestión del Miguel....
lo que pronunció V. un discurso bo-
rascoso, aconsejando que los troqueles
del Miguel fueran quemados en
la plaza pública, tal como lo
fue la guillotina de París después
del 9 Thermidor!

- Es verdad todo eso, Sr. Herdo,
pero yo, confiando en la inviolabilidad
que como representante del pue-
blo se me debía, había dicho como
en otro tiempo el Duque de Guisa:
ils n'oseraient.

- Y ya vio V. que no solamente
osaron, sino que abusaron..... Pero
si no he oído mal, decía V. que el
Sr. Romero Rubio.....

- Fue el autor anónimo de la

persecución que yo sufrí, es la pura verdad. El Sr. Díaz obró bajo la presión del miedo... Estos señores han jugado con mucha inteligencia, pero en los juegos peligrosos, además de la inteligencia en la acción, se necesita la sagacidad en el procedimiento. Esto último faltó a los Sres. Díaz y Romero Rubio para que su obra fuera una segunda maravilla en maquiavelismo. Entre ambos querían nulificar al Gral. González como Presidente, rodearle de obstáculos en la marcha financiera de su administración, crearle enemigos en todas las clases, fortificar un espíritu de oposición que sin permitirle nunca llegar a las vías de hecho, mantuviera al partido gonzalista en constante alarma y en menguante prestigio ante la opinión pública. El vulgo, dado a hacer comparaciones entre lo pasado y lo presente, siempre juzga con más benevolencia lo que tuvo ante los ojos que lo que tiene a la vista,

65
más aún si entre lo que fui y lo que es, hay la diferencia de lo peor a lo pésimo. No se sabe todavía de cual cerebro privilegiado brotara la idea del niquel; lo que sí es una verdad tangible es que surgió de la casa de Romero Rubio. Díaz surgió la idea al Gral. Pacheco, alma condenada de Don Porfirio, y de Pacheco pasó sin dificultad a las regiones del Gobierno, no ya como una idea ni un proyecto, sino como una imposición del Porfirismo. Por supuesto que se preveía el conflicto y el fracaso, y tan es esto cierto, que ningún financiero protegido de los Sres. Díaz y Romero Rubio, directa o indirectamente, tomaron participio e interés en una empresa cuyo fracaso era de una certidumbre matemática. Pero con la emisión del niquel, se lograba el objetivo del complot - desprestigiar al gonzalismo y hacer indispensable la vuelta del Porfirismo al poder.

Y no porque Díaz temiera una infidencia del ~~Gobierno~~ González, sino más bien para aniquilar a éste políticamente y ameritarlo a expensas de su amigos. En todo caso, si don Porfirio moría, el Sr. Romero Rubio podría substituirlo en la presidencia.... Cuando el conflicto esperado hubo de estallar, el Sr. Díaz se dio ínfulas de mediador entre el pueblo encolerizado y el gobernador transgresor.... Habiendo fla dificultad, comenzaron las alabanzas al mediador, venales launas y escritas de ante mano, espontáneas las otras e inspiradas en el candor de algunos opositoristas.... Pero el tiro porfirista había dado en el blanco: el stilette italiano del Sr. Romero Rubio, se había clavado hasta el hueso en la espalda del gonzalismo.... — ¡Cuánto ciemo! No pude menos de exclamar, llevando la mano invo-

luntariamente al panelo. Algunos diputados tomamos la cosa muy a lo serio, yo tuve la desdichada idea de pronunciar en la Cámara un vehemente discurso, que, haciendo su cómputo aritmético, me costó tantas horas de prisión como palabras contenía.... Granados, Duret y otros muchos, con cierto instinto trágico, vieron en el negocio del timbre un campo abierto a la oratoria, un horizonte donde dilatar sus ideales, y arremetieron con brío, no a los hombres de aquella situación, que eran instrumentos, sino al nombre de Fuxtepec y sus dogmas políticos, al gran profuro.... El General Díaz, temeroso de que sus maquinaciones fueran descubiertas, e indignado por la audacia de los jóvenes diputados dijo estas frases iracundas, que se hallaron cumplido al pie de la letra: Mientras

yo viva, esos individuos no serán nada
en el gobierno, ni siquiera barrenderos.

Anochecía. Espinosa encendió
las luces de la habitación y un criado
procedió a arreglar la mesa para
mi comida ordinaria, de la noche, porque
desde que vivo apartado en Henoc House
como solo, tan solo como Job en el es-
tercolero. Unvité cortésmente al antiguo
redactor en jefe del Anurote, que
aceptó con Maneja mi invitación,
más sediento de mi plática que de
mi vino de Borgoña. Cuando atacábamos
el Canelon rôle, el Sr. Riva Palacio dio
rienda suelta a su verba, prosiguiendo:
— En verdad, Sr. Herdo, que todos nos
hemos llevado un chasco soberbio
con el Sr. Díaz, amigos y enemigos
de él; los primeros lo teníamos en
el concepto de ser un hombre sincero
y patriota, aunque un poco débil,
y nos ha salido más falso que

un diamante de Moisés Rojas, más
traidor que Baraine y más Fenigés que
el Dr. Francia o Rosas, y los célebres tira-
nuelos de Sud America. Los últimos, es
decir, Vds. los enemigos, se lo imaginaban
un idiota incapaz de gobernar, de
intrigar y de matar. ...

— ¿Pues Jes también un intrigante?
pregunté al ex-redactor de "El Anurote"
— No exactamente. Cuando se trata
de matar, no pide consejo a nadie; pero
cuando quiere asesinar moralmente, ahí
está el suegro que tiene más malas
ideas que don Javier Osorno viruelas.
El uno fusita y galardonado, el otro
corrompe. Voy a contar a Vd. antes
de levantarnos de la mesa, otra ha-
rara de ese pícaro, de ese coupe-jarret
de Romero Rubio: entre él, Justino Fer-
nandez y Chavero, proyectaron y
redactaron la ley que amordaba
la libertad de la prensa. La idea

no podía ser más luminosa y espléndida en aquellos momentos: al gobierno del General González le faltaba un año para espirar y espirando entraban Díaz y Romero Rubio al poder como Pedro por su casa. La atmósfera moral del país, o lo que se llama el periodismo, no se presentaba muy halagüeña allí por el año de 1883 y Romero Rubio, Ceballos y otras personalidades altamente distinguidas, tenían volver a caer en el lodo, de donde los había levantado la (mano de una) mujer, si tomaban a ser flagelados por la mano airada de la prensa. Para eludir ese castigo, ineludible, había que suprimir el artículo constitucional que garantiza la libertad absoluta de la emisión del pensamiento; pero suprimirlo al inaugurarse el nuevo período pre-

sidenciat, además de ser un poco tardío, arrojaria sobre el porfirismo la ignominia histórica que no se tenía el valor civil de afrontar. En tanto que se colgaba el Gamberito al Congreso Porralista, toda la horda gochischina resultaria tan limpia de su mancha como la ropa interior del Arrobispo. Caifás aceptó regocijado el proyecto de más: y un día (el menos pensado) la hermosa Ciudad de los albañales despertó al ruido de los cañoncitos, cornetitas y los soldaditos.
¡Nombre! hombre! ¿se celebraba el natalicio del Sr. Díaz?
— Mejor que eso: se celebraban los funerales de la Constitución!
¿Pero el yerno y el suegro se lavaron las manos?
— Naturalmente, don Sebastián, naturalmente: el uno se las lavó con sangre

como de costumbre, y el otro en.....
pero peor es mentallo, me olvidaba de
que estamos en los postres.....

x

x x

El Sr. Riva Palacio encendió un
puro textleño y seguimos en la mesa
hasta muy entrada la noche. Al des-
pedirse de mí, no sin un fondo de
amarga sinceridad:

¡Ah! Don Sebastián! Don Sebastián!
yo daría mi brazo por no haber escuto
las terribles groserías del Ahuizote!

La silueta de aquel hombre de
mérito se perdió entre el radio tem-
bloroso y lívido proyectado por
un globo de luz eléctrica.

¿he volveré a ver?

Cuando volví a la mesa y noté
sobre una bandejilla las cenizas
que había caído del puro del Ge-
neral, quedé meditativo observando

Ciertas analogías de accidente entre
aquella materia inerte y la vanidad
de las cosas y los hombres de este
mundo.

Hic jacet pulvis, cinis, nullus.
